

Relato de ciudad

“El amor nunca se encuentra en una situación de inmovilidad que permita determinarlo o definirlo; al contrario, se halla siempre en un permanente estado de movimiento y transmutación, pareciendo incluso que no está, o que no existe”
Adonis

Karen González Aguirre.

Universidad Distrital Francisco José de Caldas
karengonzalezaguirre1313@gmail.com

En los suburbios de Bogotá, aun cuando la noche no amenaza con caer sobre los rincones de sus calles, esas calles desvencijadas con olor a *smoke* donde se camina percibiendo el inicio de lo que en la noche ocurriría; olor a orín, vómito y alcohol permanecen intactos incluso durante el día en aquel barrio de prostitutas y drogadictos habitantes de calle, donde circula de manera forzada, pero ya naturalizada, gente del común. Aquella tarde dos jóvenes se disponen cada uno a recoger sus pasos, sin percatarse de que el fin inevitable los uniría de nuevo en aquellas calles donde dibujaron su historia.

Él, con la valentía intacta y el paso firme era ajeno a ésta ciudad pútrida pero llena de oportunidades que él supo aprovechar muy bien gracias a su verraquera y su familia; un ser con un pasado que no lo acongojaba, pues tenía su futuro claro y no sería ésta ciudad la que lograra hundirlo entre sus cloacas a pesar de transitar a diario tan cerca de ellas. Ella, más bien con el paso tambaleante ante la vida, hija de la ciudad que la arrastraba, caminaba a paso lento mirando a su alrededor con desprecio, con lástima y curiosidad; sin embargo percibía la realidad como un espejo incauto entre sus entrañas.

Los pasos los acercaron hasta aquel momento en que sus miradas se encontraron para dibujar un par de sonrisas en sus rostros, y allí estaban, con el mundo girando apresurado a su alrededor y al mismo tiempo estático para ellos, mientras los recuerdos los llevaron al pasado feliz que compartieron, a las pocas horas nocturnas que pasaron juntos, a las carcajadas, los abrazos, las caricias, el viaje y el dolor, sobre todo el dolor ... la pérdida... sin embargo algo debía permanecer latente para ambos, un algo que los llevaba a encontrarse, a abrazarse de nuevo.

Las palabras tomaron forma de confesión ante la ciudad lejana que ambos veían desde las alturas como si fuesen una especie de dios, como si desde allí pudiesen tomarla entera entre las manos y desintegrarla, reconstruirla. Bajaron escalinatas interminables que les permitirían pisar el cemento frío de nuevo, pisar la realidad que los circundaba, y allí la decepción de los errores les hizo aguar los ojos, los mismos que ya se quedaron secos sin lágrimas que poder derramar, pues ya, en tiempos pasados ahogaron la ciudad con ellas.

Un abrazo de despedida se forjó en aquel instante mientras la oscuridad cobijaba la ciudad y la luna se convertía en testigo de la podredumbre nocturna de aquella ciudad, y al mismo tiempo seguía los pasos de aquellos seres que tomaban cada uno su rumbo con la esperanza de un futuro, teniendo la certeza de que años más tarde aquella luna estará persiguiendo a sus hijos en un prado del campo, mientras ellos los observan correr felices desde alguna guarida campestre.

Mientras tanto el presente se desploma y convulsiona inevitablemente en la cuerda floja que ella creó.